

ERIC HOBSBAWM

AÑOS INTERESANTES

UNA VIDA EN EL SIGLO XX

Traducción castellana de
Juan Rabasseda-Gascón

CRÍTICA
BARCELONA

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

Un día de otoño de 1994, mi esposa Marlene, que se encargaba de nuestra correspondencia en Londres mientras yo daba un curso en la New School de Nueva York, me telefoneó para decirme que había una carta de Hamburgo que no podía leer porque estaba escrita en alemán. La remitente firmaba con el nombre de Melitta. ¿Merecía la pena que me la mandara? Yo no conocía a nadie en Hamburgo, pero sin la menor vacilación supe inmediatamente quién la había escrito, a pesar de que hacía algo así como tres cuartos de siglo desde que viera por última vez a la persona que la firmaba. Sólo podía tratarse de la pequeña Litta —en realidad era más o menos un año mayor que yo—, de la Villa Seutter en Viena. No me equivocaba. En su carta decía que había visto mi nombre en algún artículo de *Die Zeit*, el famoso semanario intelectual alemán de corte liberal. Inmediatamente había llegado a la conclusión de que yo debía ser el Eric con el que habían jugado ella y sus hermanas hacía tantos, tantos años. Había hurgado entre sus álbumes y había encontrado una fotografía que adjuntaba a la carta. En ella aparecían cinco niños posando en la terraza veraniega de una villa con sus respectivas *Fräuleins*, y las criaturas —quizá yo entre ellas— llevaban una corona de flores sobre la cabeza. Litta estaba allí con sus hermanas pequeñas, Ruth y Eva (Susie, a la que siempre llamábamos Peter, todavía no había nacido), y yo con mi hermana Nancy. Su padre había escrito en el dorso el año en que fue tomada la fotografía: 1922. Litta preguntaba por Nancy. ¿Cómo iba a saber ella que Nancy, tres años y medio más joven que yo, había fallecido hacía dos años? Durante mi última visita a Viena, había ido a las casas en las que habíamos vivido, y le había enviado a Nancy fotografías de las mismas. Creía que era la única que seguía acordándose de Villa Seutter. Ahora ese recuerdo volvía a hacerse vivo.

Tengo también esa fotografía. En el álbum familiar que termina conmigo, último vestigio de mis padres y demás parentela, las instantáneas tomadas en la terraza de Villa Seutter constituyen el segundo archivo iconográfico de mi existencia y el primero de mi hermana Nancy, cuyo nacimiento tuvo lugar en Viena en 1920. El primer dato que, al parecer, consta de mí en esos anales es la fotografía de un recién nacido en el interior de un enorme cochecito de mimbre, solo, sin adultos u otro tipo de contexto a la vista, que, según creo, fue tomada en Alejan-

dría, ciudad en la que vi la luz en junio de 1917, con el fin de que mi existencia fuera registrada por un funcionario del consulado británico (de forma incorrecta, pues anotaron una fecha equivocada y escribieron mal mi nombre). Las instituciones diplomáticas del Reino Unido presidieron mi concepción y mi nacimiento, ya que fue en otro consulado británico, el de Zúrich, donde mi padre y mi madre contrajeron matrimonio con la ayuda de una dispensa oficial firmada personalmente por sir Edward Grey, a la sazón secretario de Asuntos Exteriores, por la que se autorizaba al súbdito del rey Jorge V de Inglaterra, Leopold Percy Hobsbaum, a casarse con la súbdita del emperador Francisco José de Austria, Nelly Grün, en una época en la que ambos imperios estaban en guerra, conflicto ante el cual mi futuro padre reaccionó con un patriotismo británico residual, pero que mi futura madre rechazó. En 1915 no existía el servicio militar obligatorio en Gran Bretaña, pero de haberlo habido, le dijo mi madre, él habría debido registrarse como objetor de conciencia.¹ Me gustaría creer que les casó el mismo cónsul que aparece como protagonista en *Travesties*, la obra de Tom Stoppard. También me gustaría pensar que, mientras esperaban en Zúrich que sir Edward Grey dejara a un lado otros asuntos más urgentes para ocuparse de su boda, estaban al corriente de la presencia en la ciudad de otros exiliados como ellos, Lenin, James Joyce y los dadaístas. Sin embargo, es obvio que no fue así, y es prácticamente seguro que no habrían estado interesados por ellos en un momento como aquél. Estaban seguramente mucho más preocupados por su próxima luna de miel en Lugano.

¿Qué hubiera sido de mi vida si *Fraülein* Grün, de dieciocho años de edad, una de las tres hijas de un joyero vienés relativamente próspero, no se hubiera enamorado de un inglés mayor que ella, cuarto de los ocho hijos de un inmigrante judío de Londres de profesión ebanista, en la Alejandría de 1913? Presumiblemente se habría casado con un joven judío de clase media de origen centroeuropeo, y sus hijos se habrían criado como austríacos. Como casi todos los judíos jóvenes de Austria acabaron convirtiéndose en emigrantes o refugiados, mi vida subsiguiente quizá no habría sido muy distinta (muchos de ellos fueron a parar a Inglaterra, donde estudiaron y llegaron a profesores universitarios). Pero yo no me hubiera criado ni hubiera entrado en Gran Bretaña con un pasaporte de británico nativo.

Incapaces de vivir en ninguno de los países beligerantes, mis padres regresaron, vía Roma y Nápoles, a Alejandría, donde originalmente se habían conocido y se habían prometido antes de que estallara la guerra, y donde ambos tenían todavía familia: el tío de mi madre, Albert, de cuyo almacén de *Nouveautés* y su plantilla de trabajadores aún guardo una fotografía, y el hermano de mi padre, Ernest, cuyo nombre llevo y que trabajaba en los Servicios de Correos y Telégrafos de Egipto. (Puesto que toda vida privada constituye una materia prima para los historiadores y los novelistas, he utilizado las circunstancias en las que se conocieron como introducción histórica de mi libro *La era del imperio*.) Mis padres se trasladaron a Viena junto con su hijo de dos años tan pronto como finalizó la guerra. Por ese motivo Egipto, país al que estoy vinculado de por vida por las cadenas de la documentación oficial, no constituye una parte de mi existencia. No recuerdo absolutamente nada sobre él a excepción, posiblemente, de una jaula de

pájaros pequeños del zoo de Nouzha, y un fragmento impreciso de una canción infantil griega, que quizá me cantara una nodriza helena. Tampoco siento curiosidad alguna por mi lugar de nacimiento, un distrito conocido con el nombre de Sporting Club, situado junto a la línea del tranvía que iba desde el centro de Alejandría hasta Ramleh, pero del que no hay mucho más de qué hablar, según E. M. Forster, cuya estancia en Alejandría coincidió prácticamente con la de mis padres. Todo lo que cuenta Foster acerca de la estación «Sporting Club» del tranvía en su libro *Alexandria. A History and a Guide* es que la parada se encontraba: «Cerca del Gran Pabellón del Hipódromo. Playa para baños a la izquierda».

Así pues, Egipto no tiene nada que ver conmigo. No sé con exactitud cuándo empiezan los recuerdos en la vida de una persona, pero creo que muy pocos se remontan a los dos años. No he vuelto a pisar el país desde que el buque de vapor *Helouan* zarpó de Alejandría rumbo a Trieste, ciudad que por aquel entonces acababa de ser cedida a Italia por los austríacos. No recuerdo nada de nuestra llegada a Trieste, punto de encuentro de distintas lenguas y etnias, un lugar rebosante de lujosos cafés, avezados marinos, y cuartel general de un coloso de las compañías de seguros, las Assicurazioni Generali, cuyo imperio financiero define probablemente el concepto de «Centroeuropa» mejor que cualquier otro. Ochenta años más tarde tuve la ocasión de descubrirlo en compañía de unos amigos triestinos, y especialmente en la de Claudio Magris, ese maravilloso rememorador de la Europa central y del recodo formado por el Adriático, punto en el que convergen las culturas alemana, italiana, eslava y húngara. Mi abuelo, que había venido a vernos, nos acompañó en los Ferrocarriles del Sur hasta Viena. Ahí es donde empieza mi vida consciente. Nos alojamos algunos meses en casa de mis abuelos, mientras mis padres buscaban un piso propio.

Mi padre, que trajo consigo unos sólidos ahorros —no había nada más sólido por aquel entonces que la libra esterlina— a un país empobrecido con una divisa tan débil que estaba a punto de hundirse, se sentía seguro y relativamente rico. La Villa Seutter pareció ideal. Fue el primer lugar en mi vida que sentí «nuestro».

Cualquier viajero que llegue a Viena por tren desde el oeste todavía pasa delante de ella. Si se mira por la ventanilla de la derecha cuando el tren empieza a adentrarse en los suburbios occidentales de la ciudad, al llegar al apeadero de Hütteldorf-Hacking, es imposible no fijarse en ese sólido y amplio edificio situado en la falda de la colina con su cúpula de cuatro lados sobre una torre achatada, construido por un acaudalado empresario a finales del reinado de Francisco José (1848-1916). La finca llegaba hasta la Auhofstrasse, que se dirigía hacia el oeste bordeando los muros del antiguo coto de caza imperial, el Lainzer Tiergarten, al cual se tenía acceso a través de una estrecha calle que subía colina arriba (la Vinzenz-Hessgasse, actualmente Seuttergasse), en cuya cima todavía se alzaban por aquel entonces una serie de casitas con techumbre de paja.

La Villa Seutter de mis recuerdos de infancia corresponde, en gran medida, a la parte que compartían el mayor y el menor de los Hobsbaum (pues mi apellido, a pesar del funcionario consular de Alejandría, se escribía de ese modo), que alquilaron un apartamento en el primer piso de la villa, y los Gold, que eran los inquilinos del apartamento situado en la planta baja. Básicamente, esa zona era la

terrazza correspondiente a uno de los flancos de la casa, en la que se llevaba a cabo gran parte de la vida social de las distintas generaciones de las dos familias citadas. Desde esa terraza arrancaba un sendero —en pendiente, según recuerdo— que conducía a las canchas de tenis de abajo —en la actualidad se han erigido edificios en ellas—, pasando junto a un árbol, gigantesco a los ojos de un niño, pero con algunas ramas lo suficientemente bajas para poder trepar a él. Recuerdo cómo le mostraba sus secretos a un chico que había llegado a mi escuela procedente de un lugar de Alemania llamado Recklinghausen. Nos habían pedido que lo cuidáramos, pues venía de una región donde la situación era crítica. De él sólo recuerdo las anécdotas del árbol y su pueblo de origen, situado actualmente en el *Land* de Renania del Norte-Westfalia. Al poco tiempo regresó a su país. Aunque no fuera consciente de ello, probablemente éste fuera mi primer contacto con los grandes acontecimientos históricos del siglo xx, a saber, la ocupación francesa del Ruhr en 1923, a través de uno de los niños evacuados temporalmente y acogidos en Austria por personas simpatizantes con su causa. (Por aquel entonces todos los austríacos se consideraban alemanes y, de no ser por el veto impuesto por los que firmaron la paz después de la Primera Guerra Mundial, hubieran votado a favor de su anexión a Alemania.) También tengo un vivo recuerdo de cómo jugábamos en un granero lleno de heno que había en la finca, pero en mi última visita a Viena junto a Marlene, estuvimos inspeccionando la villa y no pudimos encontrar el lugar de su emplazamiento. Resulta muy curioso que no tenga recuerdos del interior de la vivienda, aunque en mi cabeza ronda la vaga impresión de que no era demasiado luminosa ni confortable. Por ejemplo, no consigo acordarme de nada de nuestro apartamento ni del de los Gold, con la excepción, quizá, de que tenían techos altos.

Cinco niños, que posteriormente serían seis, en edad preescolar o, a lo sumo, en sus primeros años de escuela primaria, metidos en un mismo jardín, se convierten en los mejores cimentadores de las relaciones entre familias. Los Hobsbaum y los Gold se llevaban bien, a pesar de su distinta idiosincrasia, pues (pese a su apellido), estos últimos no eran, al parecer, judíos. En cualquier caso, se quedaron y prosperaron en Austria, que es como decir en la Gran Alemania de Hitler, después del Anschluss. Tanto el Sr. Gold como su esposa eran oriundos de Sieghartskirchen, una aldea perdida de la Baja Austria, siendo él hijo de un agricultor y también único posadero local, y ella del único tendero del pueblo (que vendía de todo, desde calcetines a aperos de labranza). Ambos mantenían una estrecha relación con sus familiares del pueblo. Su situación económica en los años veinte era lo suficientemente holgada como para haber encargado a un pintor la ejecución de sus respectivos retratos (tengo ante mí una foto en blanco y negro de ambos cuadros que me envió hace aproximadamente un año una de sus dos hijas vivas). La imagen de un caballero de aspecto grave vestido con un traje oscuro y con el cuello de la camisa almidonado no evoca en mí ningún recuerdo, y de hecho no tuve un contacto estrecho con él de pequeño, aunque en cierta ocasión me mostró su gorra de oficial de antes de la caída del imperio, y fue la primera persona que conocí que ya había visitado Estados Unidos, país al que había viajado por negocios. De allí se trajo un disco de gramófono, cuya melodía sé en la ac-

tualidad que era la de «The Peanut Vendor», y la noticia de que los norteamericanos tenían un modelo de automóvil llamado «Buick», nombre que me pareció, por alguna oscura razón, difícil de creer. Por otro lado, la imagen de una hermosa mujer de cuello largo con pelo corto ondulado por los lados, que observaba el mundo mirando con gravedad, aunque no demasiado segura de sí misma, por encima de sus hombros escotados, hace que inmediatamente reviva en mi mente su persona. Y es que las madres son una presencia mucho más constante en la vida de los niños, y la mía, Nelly, una mujer intelectual, cosmopolita y culta, y Anna («Antschi») Gold, de pocos estudios, consciente siempre de sus orígenes provincianos, pronto se convirtieron en buenas amigas y siguieron siéndolo hasta el final. De hecho, según la hija de esta última, Melitta, Nelly fue la *única* amiga íntima de Anna. Esta circunstancia quizás explique por qué en los álbumes que poseen los nietos de los Gold que se quedaron en Viena todavía aparecen fotos de los miembros desconocidos y no identificables de la familia Hobsbawm. Una de las hijas de los Gold se acuerda, casi tan bien como yo, de cómo iba (con su madre) a visitar a la mía en sus últimos días de vida. Entre sollozos, Antschi le dijo: «Nunca más volveremos a ver a Nelly».

De este modo, dos personas nacidas prácticamente con el corto siglo xx, empezaron su vida juntas y luego siguieron rumbos distintos en el extraordinario y terrible mundo del siglo pasado. Por ese motivo empiezo todas estas reflexiones sobre una dilatada existencia con los recuerdos inesperados que me produce una fotografía conservada en los álbumes de dos familias que no tenían nada en común excepto que sus vidas se vieron brevemente entrelazadas en la Viena de los años veinte. Pues los recuerdos de unos cuantos años de la infancia compartidos por un profesor de universidad retirado e historiador peripatético y una antigua actriz, presentadora de televisión y traductora eventual jubilada («¡como tu madre!») prácticamente sólo tienen un interés privado para los interesados. Incluso para éstos no son más que un hilo sutilísimo de la tela de araña urdida en el enorme hueco que se abre a lo largo de casi setenta años de existencia en dos vidas completamente separadas y desvinculadas, que se han desarrollado sin saber nada la una de la otra e incluso sin dedicarse ni un solo pensamiento consciente. Es la extraordinaria experiencia de los europeos que han vivido a lo largo del siglo veinte lo que une esas vidas. Una infancia común redescubierta, un volverse a poner en contacto en la vejez, son hechos que dramatizan la imagen de nuestra época: absurda, irónica, surrealista y monstruosa. Los protagonistas no la crean. Diez años después de que los cinco niños miraran a la cámara, mis padres ya estaban muertos y el Sr. Gold, víctima de la catástrofe económica —prácticamente la totalidad de los bancos de Europa central se hallaban en una situación técnica de insolvencia en 1931— se dirigía con su familia a prestar sus servicios en el sistema bancario de Persia, cuyo *sha* prefería que sus banqueros procedieran de lejanos imperios derrotados en lugar de otros más cercanos y peligrosos. Quince años más tarde, cuando me encontraba en la universidad en Inglaterra, las chicas de los Gold, ya de vuelta de los palacios de Shiraz, estaban —todas ellas— empezando sus carreras de actrices en lo que estaba a punto de convertirse en parte de la Gran Alemania de Hitler. Veinte años después, yo vestía en Inglaterra el

uniforme de soldado británico y mi hermana Nancy censuraba correspondencia para las autoridades del Reino Unido en Trinidad, mientras Litta actuaba, bajo los bombardeos continuos de nuestra aviación, en el Kabarett der Komiker del Berlín de la guerra ante un público, parte del cual probablemente hubiera acorralado a aquellos parientes míos que quizás acariciaban las cabecitas de las hijas de los Gold en Villa Seutter, para deportarlos a los campos de concentración. Cinco años más tarde, cuando yo empezaba a enseñar entre las ruinas de los edificios bombardeados de Londres, los señores Gold ya habían muerto: él, probablemente de hambre inmediatamente después de la derrota y la ocupación, y ella, evacuada a los Alpes occidentales poco antes de que acabara la guerra, de enfermedad.

El pasado es otro país, pero ha dejado su huella indeleble en los que una vez vivieron en él. Aunque también ha dejado su huella en los que son demasiado jóvenes para haberlo conocido, como no sea de oídas, o incluso, en una civilización estructurada de forma antihistórica, para tratarlo, utilizando el nombre de un juego que gozó de cierta popularidad a finales del siglo xx, como un «Trivial Pursuit». Sin embargo, el historiador que escribe una autobiografía no sólo debe volver a él, sino que también debe confeccionar su mapa. Pues sin ese mapa, ¿cómo podemos seguir los pasos de una existencia a través de los múltiples paisajes que le han servido de escenario, o comprender por qué y cuándo tuvimos dudas y tropezamos, o cómo vivimos entre las personas con las que estábamos vinculados y de quienes dependíamos? Pues todos estos aspectos arrojan luz no sólo sobre la vida de un individuo, sino también sobre el mundo en general.

Por lo tanto, esta imagen puede servir de punto de partida para la tentativa de un historiador de desandar un sendero a través del espinoso terreno del siglo xx: hace ochenta años cinco criaturas fueron colocadas por unos adultos en una terraza de Viena para tomarles una fotografía, sin ser conscientes (a diferencia de sus padres) de estar rodeados de los escombros de una derrota, de unos imperios en ruinas y de un colapso económico, sin ser conscientes (lo mismo que sus padres) de que tendrían que abrirse camino a través del período más sanguinario y a la vez más revolucionario de la historia.

Capítulo 2

UN NIÑO EN VIENA

Mi infancia transcurrió en la empobrecida capital de un gran imperio, la cual, tras la caída de éste, pasó a formar parte de una reducida república provinciana de gran belleza, cuya existencia ella misma ponía en tela de juicio. Salvo raras excepciones, después de 1918 los austríacos creían que debían formar parte de Alemania, y las únicas que se lo impidieron fueron las potencias que habían impuesto el acuerdo de paz en Europa central. La crisis económica que se vivió en los años de mi infancia no contribuyó a mejorar la opinión del pueblo respecto a la viabilidad de la primera República Federal Austríaca. El país acababa de conocer una revolución, y los ánimos se habían calmado temporalmente bajo un régimen de reaccionarios clericales liderados por un monseñor, fundamentado en los votos de una clase social rural creyente, o al menos de fuertes raíces conservadoras, a la que se enfrentaba una odiosa oposición de socialistas marxistas revolucionarios, apoyados en Viena (no sólo capital del país, sino también estado autónomo de la República Federal) de forma masiva y casi unánime por todos aquellos que se identificaban a sí mismos como «obreros». Además de la Policía y el Ejército, controlados por el Gobierno, ambas facciones estaban asociadas con grupos paramilitares para los cuales la guerra civil simplemente había quedado en suspenso. Austria no sólo era un Estado que no quería existir, sino un avispero que no podía durar mucho tiempo así.

Y efectivamente no duró. Pero las últimas convulsiones de la primera República Austríaca —la destrucción de los socialdemócratas tras una breve guerra civil, el asesinato del primer ministro católico a manos de los nazis insurrectos, la tan aclamada entrada triunfal de Hitler en Viena— tuvieron lugar después de que yo abandonara esa ciudad en 1931. No regresaría a ella hasta 1960, cuando este mismo país, bajo el mismo sistema bipartidista de católicos y socialistas, se había convertido en una pequeña república estable enormemente próspera y neutral, plenamente satisfecha —cabría decir incluso demasiado satisfecha— con su propia identidad.

Pero ésta es una visión retrospectiva propia de un historiador. ¿Cómo transcurría la infancia de un niño de la clase media en la Viena de los años veinte? El problema radica en saber distinguir qué es lo que uno ha aprendido a partir de lo

que sus contemporáneos sabían o pensaban, y en saber diferenciar las experiencias y reacciones de los adultos de las de los niños de aquella época. El conocimiento que tenía un niño nacido en 1917 de los acontecimientos del todavía embrionario siglo xx, tan vivos en las mentes de sus padres y abuelos — guerra, crisis, revolución, inflación —, se basaba en lo que los adultos le contaban o, más probablemente, en lo que la criatura les oía decir. El único testimonio directo de los hechos que poseíamos los nacidos por aquel entonces consistía en los cambios que se producían en las imágenes de los sellos de correos. El coleccionismo de sellos durante los años veinte, aunque no ofreciera una explicación clara de los acontecimientos, pasó a ser una buena propeidética a la historia política de Europa a partir de 1914. Para un niño británico expatriado, la filatelia teatralizaba el contraste existente entre la continuidad sin cambios de la efigie de Jorge V en los sellos británicos y el caos de las sobreimpresiones, los nuevos nombres y las nuevas divisas en el resto del mundo. El otro único lazo directo con la historia de la época venía de los cambios sufridos por monedas y billetes en una era de gran desorden económico. Yo ya tenía edad suficiente para darme cuenta del cambio de coronas a chelines y a *groschen*, de billetes llenos de ceros a billetes y monedas, y sabía que antes de las coronas había habido *gulden*.

Aunque el Imperio de los Habsburgo había desaparecido, seguíamos viviendo sobre su infraestructura y dominados hasta extremos sorprendentes por presupuestos centroeuropeos anteriores a 1914. El marido de una de las mejores amigas de mi madre, el Dr. Alexander Szana, vivía en Viena y, para desgracia de la paz de ánimo de su esposa, trabajaba en un periódico de lengua alemana a unos cincuenta kilómetros al sur del Danubio en la ciudad que nosotros llamábamos Pressburg y los húngaros Pozsony, y que luego pasaría a ser Bratislava, la principal localidad eslovaca de la nueva República de Checoslovaquia. (Actualmente es la capital del estado de Eslovaquia, reconocido internacionalmente.) Si exceptuamos la expulsión de los antiguos oficiales húngaros, esa ciudad no sufrió durante el período de entreguerras la limpieza étnica en su población, políglota y multicultural, formada por alemanes, húngaros, checos y eslovacos, judíos de dos tipos, unos asimilados y occidentalizados, y otros piosos provenientes de los Cárpatos, gitanos, etc. Todavía no se había convertido *realmente* en una ciudad eslovaca de «bratislavos», de los que todavía se diferenciaban como «pressburgueses» aquellos que tenían recuerdos anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Para ir y volver de su trabajo, el Dr. Szana tomaba el Pressburger Bahn, un tranvía que iba desde una calle del centro de Viena hasta un recodo situado en las calles centrales de Pressburg. Había sido inaugurado en la primavera de 1914 cuando ambas ciudades formaban parte del mismo imperio, un triunfo de la tecnología moderna que simplemente seguía funcionando; al igual que el famoso «tren de la ópera», utilizado por la gente cultivada de Brünn/Brno en Moravia para acudir a la Ópera de Viena, trayecto que se realizaba en unas dos horas. Mi tío Richard vivía a caballo entre Viena y Marienbad, donde era propietario de una tienda de artículos de fantasía. Las fronteras aún no eran impenetrables, como lo fueron después de que en la guerra se destruyera el puente utilizado por el tranvía de Pressburg para cruzar el Danubio. En 1996, cuando colaboré en un reportaje te-

levisivo sobre este tema, todavía tuve la oportunidad de contemplar las ruinas de este puente.

El mundo de la clase media vienesa, y por supuesto el de los judíos que en gran medida la conformaban, seguía siendo el de una vasta región políglota cuyos inmigrantes, en los últimos ochenta años, habían transformado la capital en una ciudad de dos millones de habitantes (después de Berlín, era sin lugar a dudas la ciudad más grande del continente europeo entre París y Leningrado). Nuestros parientes procedían de lugares tan dispares como Bielitz (actualmente en Polonia), Kaschau (hoy en día en Eslovaquia) o Grosswardein¹ (en la actualidad en Rumanía), y algunos seguían residiendo en estos lugares. Los dueños de las tiendas de ultramarinos donde nos abastecíamos y los porteros de los edificios de apartamentos en los que vivíamos eran casi con toda seguridad checos, y nuestras criadas y niñeras no eran vienesas de nacimiento: todavía recuerdo los relatos sobre hombres lobo que me contaba una de ellas, oriunda de Eslovenia. A diferencia de los que emigraban a América, ninguno de ellos estaba o se sentía desarraigado de su «patria», pues para los europeos del continente el océano constituía la gran línea divisoria, mientras que los viajes por tren, incluso los de largo recorrido, eran algo a lo que todo el mundo estaba acostumbrado. Incluso a mi abuela, una mujer muy nerviosa, no le importaba realizar desplazamientos cortos para visitar a su hija en Berlín.

Era una sociedad plurinacional, aunque no pluricultural. El alemán (con sus distintos acentos locales) era su idioma, y la alemana (también con un toque local) era su cultura, así como su puerta de acceso a la cultura universal, antigua y moderna. Mis parientes hubieran compartido la indignación visceral que manifestó el gran especialista en historia del arte, Ernst Gombrich, cuando, siguiendo la tendencia de finales del siglo xx, le pidieron que calificara de judía la cultura de su Viena natal. Era simplemente la cultura de la clase media vienesa, a la que no afectaba para nada el hecho de que un buen número de sus representantes más destacados fueran judíos y de que (frente al antisemitismo endémico de la región) se reconocieran como tales, como tampoco la afectaba el hecho de que algunos procedieran de Moravia (Freud y Mahler), de Galitzia o la Bukovina (Joseph Roth), o incluso de Ruse, en el Danubio búlgaro (Elias Canetti). Habría sido tan absurdo como buscar elementos conscientemente judíos en las canciones de Irving Berlin o en las películas de Hollywood de la época de los grandes estudios, todos ellos dirigidos por emigrantes judíos: su objetivo, por lo demás logrado, consistió precisamente en componer canciones o rodar películas que resultaron ser una forma concreta de expresión para el cien por cien de los norteamericanos.

Como hablantes de la *Kultursprache* en la capital de un antiguo imperio, los niños compartían instintivamente el sentido de superioridad cultural, si bien ya no política. El modo de hablar alemán de los checos constituía un rasgo de inferioridad y por lo tanto resultaba tan gracioso como la lengua checa, incomprensible por su aparente acumulación de consonantes. Con un toque de desprecio y una absoluta falta de conocimiento u opinión sobre ellos, llamábamos a los italianos *Katzelmacher*. Los judíos de Viena emancipados e integrados hablaban de los judíos del este como si pertenecieran a otra especie. (Recuerdo muy bien ha-

ber preguntado a un desconcertado pariente de edad avanzada si aquellos judíos del este tenían apellidos como nosotros, y si era así, cuáles eran, puesto que a todas luces eran tan distintos de nosotros.) Me parece que estos detalles explican en gran medida el entusiasmo con el que los austríacos acogieron la anexión a la Alemania de Hitler: les devolvía su sentido de superioridad política. Por aquel entonces sólo observé que uno o dos de mis compañeros de clase de secundaria eran *Hakenkreuzler* (llevaban la cruz gamada). Como yo era inglés, aunque culturalmente no me diferenciara de los austríacos, es evidente que aquello no me concernía de forma directa. Pero me lleva al tema político.

Como me vi atrapado desde muy joven y durante tanto tiempo por el compromiso político, esa pasión característica del siglo xx, es lógico preguntarse en qué medida pueden encontrarse sus raíces en una infancia transcurrida en la Viena de los años veinte. Resulta difícil de descifrar. Vivíamos una época marcada por la política. Aunque, tal como he apuntado con anterioridad, nos enterábamos de los temas relacionados con el mundo exterior principalmente a través de las conversaciones de los adultos, cuyo significado suele ser difícil de captar para un niño. Recuerdo dos de ellas que probablemente tuvieron lugar alrededor de 1925. Una sucedió en un sanatorio de los Alpes en el que me habían ingresado para recuperarme de una enfermedad (los niños solíamos padecer constantemente de algún que otro problema de salud) bajo los atentos cuidados de mi tía Gretl, que también estaba allí convaleciente. «¿Quién es ese Trotsky?» preguntó una mujer a la que recuerdo vagamente o me la imagino como una persona maternal de mediana edad, aunque no sin un toque de satisfacción. «No es más que un judío llamado Bronstein.» Teníamos conocimiento de la Revolución rusa, pero ¿qué era exactamente? Otra tuvo lugar en un certamen de atletismo al que me llevó mi tío (y presumiblemente mi padre), y que resultó memorable para mí por ser la primera ocasión que tuve de ver a un velocista de raza negra llamado Cator. «Dices que en este momento no hay ninguna guerra en el mundo —comentó alguien—, pero ¿estás seguro?, ¿no hay una revuelta en Siria?» ¿Qué significado tenía o podía tener eso para nosotros? Sabíamos que había habido una guerra mundial, como cualquier niño inglés nacido en 1944 crecería sabiendo que había habido una. Dos de mis tíos de Inglaterra habían participado en ella, nuestro vecino, el Sr. Gold, me enseñaría su gorra de oficial, y mi mejor amigo era un huérfano de guerra (su madre conservaba la espada de su esposo colgada en una pared). Sin embargo, no conocía a nadie, ni inglés ni austríaco, que considerara la Gran Guerra un episodio heroico, y las escuelas austríacas no hablaban de ella, en parte porque era un asunto de otro país y de otra época —el viejo Imperio de los Habsburgo—, y en parte quizá también porque los ejércitos de los austríacos no se cubrieron demasiado de gloria. Hasta mi llegada a Berlín no conocería el orgullo que sentía el director de mi escuela, y antiguo oficial del Ejército, por haber prestado sus servicios en primera línea. Hasta entonces, las imágenes más poderosas que tenía de la Gran Guerra procedían del maravilloso dramón documental *Los últimos días de la humanidad* de Karl Kraus, que mi madre y mi tía Gretl compraron tan pronto como fue publicado en 1922. Todavía conservo el ejemplar de mi madre que releo de vez en cuando.

¿Qué más sabíamos de la época que nos tocaba vivir? Los escolares de Viena creían a pies juntillas que la gente sólo podía elegir entre dos partidos políticos: el cristianosocial y el socialdemócrata o rojo. Nuestro simplismo materialista nos llevaba a creer que si uno tenía propiedades, votaba al primero, y si era un arrendatario, al segundo. Como la mayoría de los vieneses vivían de alquiler, esta circunstancia naturalmente hacía de Viena una ciudad roja. Hasta el fin de la guerra civil de 1934 los comunistas tuvieron tan poca relevancia que un sector de sus militantes más entusiastas decidieron llevar a cabo sus actividades en otros países donde sus objetivos tuvieran un mayor sentido: principalmente en Alemania, como ocurrió con los famosos hermanos Eisler: Hanns, el compositor, Gerhart, el agente de la Internacional Comunista (o Komintern), y la formidable Elfriede, más conocida como Ruth Fischer, que durante un corto período de tiempo lideró el Partido Comunista Alemán, aunque también en Checoslovaquia, como fue el caso de Egon Erwin Kisch. (Muchos años después el pintor Georg Eisler, hijo de Hanns, se convertiría en mi mejor amigo.) No recuerdo haberme interesado por el único comunista del círculo de las antiguas hermanas Grün, que escribía bajo el seudónimo de Leo Lania, por aquel entonces un hombre joven que manifestaba que su libro favorito era *L'Oeuvre* de Zola, y sus héroes de ficción y de la historia, Eugene Onegin y Espartaco respectivamente. Por supuesto, nuestra familia no era ni negra ni roja, pues los primeros eran antisemitas y los segundos obreros, no de nuestra clase social. Además, éramos ingleses, por lo que ese tema no nos concernía.

Y sin embargo, al pasar de la escuela primaria a la secundaria y de la infancia a la pubertad en la Viena de los años veinte, tomé conciencia política con la misma naturalidad con la que empecé a ser consciente de la sexualidad. En el verano de 1930, durante mi estancia en Weyer, una aldea en la Alta Austria donde los médicos intentaron en vano tratar los pulmones de mi madre, hice amistad con Haller Peter, el hijo de la familia a la que alquilábamos nuestro alojamiento. (Según la tradición de los estados burocráticos, cuando se preguntaba a alguien cómo se llamaba, primero decía el apellido y luego el nombre de pila.) Íbamos de pesca y a robar fruta juntos, ejercicio que pensé que a mi hermana también le gustaría, pero, según me confesó muchos años más tarde, en realidad le aterrorizaba. Como el padre del muchacho era ferroviario, su familia era roja: en Austria, y sobre todo en las zonas rurales, no cabía pensar que en aquella época un trabajador que no se dedicara a la agricultura fuera otra cosa. Aunque Peter —más o menos de mi edad— no mostrara un interés aparente por las cuestiones políticas, daba también por supuesto que era rojo; y en cierta manera, mientras arrojábamos piedras a las truchas y robábamos manzanas, yo también llegué a la conclusión de que quería serlo.

Me acuerdo de otro veraneo que tuvo lugar tres años antes, en un pueblo de la Baja Austria llamado Rettenegg, en cierto momento situado vagamente en mi vida privada, pero con toda firmeza en la historia. Como de costumbre, mi padre no vino con nosotros, sino que se quedó trabajando en Viena. Pero en el verano de 1927 los obreros de la capital, indignados por la sentencia absolutoria de unos derechistas que habían matado a unos socialistas en el transcurso de una reyerta,

salieron a las calles en masa y prendieron fuego al Palacio de Justicia en la Ringstrasse (el cinturón que rodea el centro histórico de Viena), muriendo ochenta y cinco de ellos durante la refriega. Mi padre, al parecer, se encontró en medio de la revuelta, pero logró salir de allí sano y salvo. No me cabe la menor duda de que los adultos estuvieron hablando largamente del tema (y la primera mi madre), pero no puedo decir que ese episodio me impactara lo más mínimo, a diferencia de la historia de aquella vez que —exactamente en 1908, durante un viaje a Egipto— su barco pasó muy cerca de Sicilia al mismo tiempo que tenía lugar el gran terremoto de Mesina. Lo que en realidad recuerdo de aquellas vacaciones es que contemplaba a unos hombres del pueblo construyendo una barca delante del lugar donde vivíamos y las pinedas en lo alto de la montaña que exploré en soledad, hasta que fui a dar con un aserradero, donde unos hombres me ofrecieron un poco de su *Sterz*, las gachas de cereales espesas que eran todo su alimento en el monte. Durante mi paseo vi, por primera vez en mi vida, el gran pájaro carpintero negro, cuyos casi cincuenta centímetros de longitud coronados por un casquete de color rojo intenso estaban picoteando a ritmo de tambor un tocón en un claro del bosque, cual ermitaño diminuto en un ataque de locura, solo en medio de la quietud de los árboles.

No obstante, sería decir demasiado que el verano transcurrido en Weyer me politizara. Sólo retrospectivamente puede contemplarse mi infancia como un proceso de politización. Por aquel entonces los juegos y el aprendizaje, la familia y la escuela conformaban mi vida, al igual que conformaban la de la inmensa mayoría de los niños vieneses en la década de los veinte. Prácticamente todas nuestras experiencias llegaban hasta nosotros por uno de esos conductos o se inscribían en uno de esos marcos.

De los dos pilares sobre los que se ha fundamentado mi vida, la familia ha sido, con mucho, el más relevante. Estaba formada por una parte vienesa mucho más numerosa, los parientes de mis abuelos y un grupo más reducido anglo-austríaco, dos de las hermanas Grün, mi madre y una hermana suya más joven, Gretl, casadas con sendos hermanos Hobsbaum, es decir mi padre y su hermano pequeño, Sidney, que también vivieron en Viena durante casi toda la década de 1920. Por lo que respecta al colegio, no empecé a asistir a él hasta que cumplí los seis años. Posteriormente, a medida que cambiamos de lugar de residencia, fui pasando por dos escuelas de primaria y tres *Gymnasia*, y mi hermana —que se marchó de Viena antes de cumplir los diez—, por dos de primaria. En semejantes circunstancias, las amistades escolares solieron ser temporales. De todos los amigos que tuve en mis cinco escuelas de Viena, sólo uno no desaparecería totalmente de mi vida posterior.

La familia, por otro lado, era una red activa, unida no sólo por los lazos sentimentales entre madres, hijos y nietos, y entre hermanas y hermanos, sino por la necesidad económica. Lo que existía en los años veinte del actual Estado de bienestar apenas repercutía en las familias de clase media, pues eran pocos los miembros de las mismas que estaban asalariados. ¿A quién, si no, se podía recurrir en caso de necesidad? ¿Cómo alguien podía negarse a ayudar a un pariente en apuros, incluso en el caso de que ese pariente no fuera particularmente santo de

su devoción? No creo que se tratara de un hecho característico de las familias judías, aunque la familia vienesa de mi madre tenía el principio de que los *mish-pokhe*, o cuanto menos los parientes que vivían en Viena, constituían un grupo que se reunía de vez en cuando —siempre, por lo que recuerdo de uno de esos encuentros tan largos e increíblemente aburridos, alrededor de una serie de mesas colocadas juntas en la terraza de algún café— para tomar decisiones familiares o simplemente para chismorrear. A nosotros nos daban helados, pero los placeres breves no compensan los largos ratos de tedio. Si había una característica típicamente judía en las reuniones, ésta era que todos daban por hecho que la familia conformaba una red que se extendía cruzando países y océanos, que trasladarse de un país a otro era algo normal en la vida, y que para la gente que se dedicaba a la compra-venta —como solía ser el caso de muchos miembros de familias judías— el ganarse la vida era una cuestión incierta e imprevisible, especialmente en el período de catástrofes en el que se vio sumida Centroeuropa desde la caída de la civilización en agosto de 1914. Como se vería más tarde, ningún miembro de la familia Hobsbaum-Grün necesitó más la red de salvación del sistema familiar que mis padres, sobre todo después de que la muerte de mi padre transformara una situación de crisis económica permanente en catastrófica. Pero hasta entonces —en mi caso hasta pasados los once años— nosotros, los niños, apenas nos dábamos cuenta de estas circunstancias.

Todavía vivíamos en una época en la que coger un taxi parecía una extravagancia que requería una justificación especial, incluso para la gente relativamente acomodada. Nosotros —o cuando menos yo— poseíamos, al parecer, todas las cosas que nuestros amigos solían tener, y hacíamos todo lo que ellos hacían. Sólo me acuerdo de una vez en la que tuve un indicio de lo dura que era la situación. Acababa de entrar en la escuela secundaria (en el Bundesgymnasium XIII de la Fichtnergasse). El profesor encargado del nuevo curso —a todos los profesores de un instituto se les llamaba automáticamente *Herr Professor*, del mismo modo que automáticamente ellos nos trataban a nosotros de *Sie*, como a cualquier adulto, y no de *Du*, como a los niños— nos había dado la lista de los libros que debíamos comprar. Para geografía necesitábamos el *Kozenn-Atlas*, un libro muy voluminoso y obviamente con un precio bastante elevado. «Esto es muy caro. ¿Es verdaderamente imprescindible que lo tengas?», me preguntó mi madre en un tono que me transmitía claramente una sensación de dificultades económicas, aunque sólo fuera porque la respuesta a su pregunta era tan evidente. Por supuesto que era necesario. ¿Cómo se le ocurría a mi madre plantear esa duda? Al final se compró el libro, pero la sensación de que en esa ocasión, cuando menos, se había hecho un sacrificio importante, siempre me ha acompañado. Quizá por este motivo todavía conservo el atlas en las estanterías de mi librería, un poco maltrecho y lleno de los dibujitos y notas al margen típicos de un niño en los primeros cursos de secundaria, pero que sigue siendo un buen atlas que consulto de vez en cuando.

Quizás otro chico de mi edad habría sido más consciente de nuestros problemas económicos. Como niño que era, no me daba cuenta de las realidades prácticas; y los adultos, en la medida que sus actividades e intereses no interfirieran en los míos, no formaban parte de la realidad práctica por lo que a mí concernía.

En cualquier caso, yo vivía casi siempre en un mundo en el que no había un límite claro entre la realidad, lo que descubría a través de la lectura y lo que creaba mi imaginación. Incluso una criatura como mi hermana, con un sentido mucho más riguroso de la realidad, no tenía una idea clara de nuestra situación. Simplemente se daba por hecho que un conocimiento semejante no debía formar parte de nuestro mundo infantil. Por ejemplo, yo no tenía la menor idea de cuál era el trabajo de mi padre. Nadie se preocupaba de hablar a los niños de esas cosas, y en cualquier caso, la forma en la que gente como mi padre y mi tío se ganaban la vida era bastante difícil de explicar. No tenían una profesión fija y describable, como los personajes que aparecen en las tarjetas de felicitación: médicos, abogados, arquitectos, policías, tenderos. Cuando me preguntaban qué hacía mi padre, solía responder vagamente de palabra o por escrito «*Kaufmann*» («comerciante»), a sabiendas de que el término carecía de significado y de que seguramente no se ceñía a la verdad. ¿Pero qué otra cosa iba a decir?

Nuestra falta de conciencia —o cuando menos la mía— de la situación financiera que atravesábamos se debía, en gran medida, a la renuencia, mejor dicho al rechazo, de mi familia vienesa a reconocerla. No es que se empeñara en el último resorte al que se aferra la gente de clase media cuando pasa por una temporada de vacas flacas, esto es, «guardar las apariencias». Todos eran conscientes de lo bajo que habían caído. «Resulta verdaderamente un alivio para el ánimo ver cosas como ésta en una época empobrecida y proletarizada como la nuestra», escribía mi abuela en una carta dirigida a su hija, maravillada por lo bien que había salido la boda de un sobrino y la opulencia de la misma, haciendo hincapié con cierta amargura sobre el hecho de que el novio había regalado a la novia «un espléndido anillo de gran valor, hecho por nosotros» en otros tiempos mejores. Esto es antes de que el abuelo Grün, tras ver reducido el valor de sus ahorros a lo que costaba un café con un trozo de tarta en el Café Ilion a causa de la gran inflación de principios de los años veinte, regresara en la vejez a la actividad de su juventud, a saber, representante comercial, vendiendo baratijas por las ciudades de provincia y las aldeas de los Alpes. Una enorme cantidad de austríacos de clase media vivieron una situación similar, empobrecidos por la guerra y la posguerra, debiendo acostumbrarse a apretarse el cinturón y a llevar un estilo de vida mucho más modesto que «en tiempos de paz», esto es, antes de 1914. (Desde 1918 no podía hablarse de tiempos de paz.) La falta de dinero se les hizo cuesta arriba, más cuesta arriba —creían ellos— que para los obreros, los cuales, al fin y al cabo, estaban acostumbrados a semejante situación. (Con posterioridad, cuando me convertí en un apasionado adolescente comunista, mi tía Gretl haría un gesto de desaprobación con la cabeza ante mi negativa a aceptar lo que, a su juicio, suponía esta afirmación evidente.) No es que los ingleses casados con las hermanas Grün estuvieran mejor. Dos de ellos eran claramente unos negados para desenvolverse en la jungla de la economía de mercado: mi padre y Wilfred Brown, un atractivo joven confinado durante la guerra que se casó con la mayor de las hermanas, Mimi. Incluso mi tío Sidney, el único Hobsbaum que se ganaba la vida como hombre de negocios, se pasó casi toda la década saliendo del atolladero al que lo había llevado el fracaso de un proyecto para meterse en otra empresa y llegar al mismo resultado.

En el fondo para mi familia vienesa resultaba inconcebible otro sistema de vida distinto al que había llevado antes de 1914, y se veía obligada a cargar con ese peso contra viento y marea. Así, mi madre, aun cuando no podía pagar las facturas de la tienda de ultramarinos, por no decir las del alquiler y otros servicios básicos, siempre contrataba personal de servicio. No se trataba de esas criadas de toda la vida, como Helene Demuth, que está enterrada con la familia de Karl Marx en el cementerio de Highgate, sino que constituían el eterno «problema del servicio» de las señoras de clase media, una sucesión sin fin de muchachas enviadas por las agencias de colocación que permanecían en casa uno o dos meses; desde la poco habitual *eine Perle* («una perla»), a la torpe recién llegada del pueblo, que no había visto en su vida un horno a gas, por no hablar de un teléfono. Cuando mi madre visitó Inglaterra en 1925 por primera vez para cuidar de su hermana Mimi, que estaba enferma en Barrow-in-Furness, escribió una carta a su otra hermana en la que le comentaba lo impresionada que estaba, no sólo por la eficiencia, ecuanimidad y diligencia con las que se llevaban los hogares ingleses (cualidades tan lejanas de las familias judías de Viena...), sino por el hecho de que todo ello se llevaba a cabo *sin servicio*. «Aquí encuentras señoras que lo hacen todo por sí mismas, y tienen hijos, e incluso se encargan de hacer toda la colada, y aún así siguen siendo unas señoras.»²

Sin embargo, jamás consideró seriamente seguir el modelo británico. «De acuerdo con mis largos años de experiencia de no tener ni un céntimo», escribía a su hermana, que se lamentaba de los problemas económicos que tenía en Berlín,

permíteme darte el mejor de los consejos, que te ruego tomes en serio. ¡Intenta no admitir nunca que puedes pasar sin una criada! De todos modos, a la larga no consigues arreglártelas sin una, y por lo tanto lo mejor es partir del presupuesto de que una criada es tan necesaria como la comida o el techo que te cobija. Lo que ahorras no es nada comparado con la pérdida de salud, de comodidad y, sobre todo, con el equilibrio de tu estado nervioso: y cuanto peor van las cosas, más lo necesitas. Es verdad, últimamente me preguntaba si debía despedir a Marianne o no —no es que pudiera hacerlo antes de Navidad, ya es demasiado tarde, y ella siempre ha sido muy buena—, pero la única razón que me empujó a considerarlo fue que me sentía avergonzada de que se diera cuenta de que no puedo pagar al tendero, etc. Y, en mi fuero interno, sé perfectamente que es mejor que te suban los colores que prescindir de ella.³

De todo esto no sabíamos ni entendíamos nada, excepto que nuestros padres tenían sus peleas, posiblemente cada vez con mayor frecuencia —¿pero qué padres no las tienen?— y, durante los inviernos que azotaban Europa central, que las habitaciones estaban heladas. (De haber vivido en Gran Bretaña en la época de las estufas de carbón, seguramente el sistema de calefacción menos eficaz que se haya inventado, esta situación no se habría dado necesariamente por la falta de dinero para comprar combustible.)

Firme y coherente, en parte por la precariedad de su base económica, la familia dividía el mundo, y por lo tanto mi vida, en dos: el interior y el exterior. En efecto, por lo que nos concernía a los niños, la familia y sus amigos íntimos cons-

tituían, o determinaban, el mundo de los adultos que yo conocía como *gente* y no simplemente como proveedores de servicios, o, de hecho, como extras cinematográficos en las escenas de la película de nuestras vidas. (También determinaba qué niños seguirían formando parte de nuestras vidas permanentemente y viceversa, como las hermanas Gold o las hijas de los Szana.) Los adultos que yo conocía eran casi todos parientes, o amigos de nuestros padres y parientes. Por ese motivo no me acuerdo físicamente del dentista al que mi madre me llevaba, aún cuando la experiencia de visitar su consultorio se convertía sencillamente en un hecho inolvidable, pues no se trataba de una persona a la que mi madre «conociera». Por otro lado tengo un recuerdo del doctor Strasser como una persona de carne y hueso, presumiblemente porque mi familia les conocía tanto a él como a su familia. Curiosamente, los profesores no parecen haber pertenecido para mí al mundo de los adultos hasta el último año que pasé en Viena, y sólo se convirtieron en gente con la que mantenía una relación personal a partir de mi estancia en Berlín.

La escuela pertenecía estrictamente al mundo exterior. Y el «exterior», a falta de adultos considerados personas reales, estaba formado esencialmente por otros niños. El de los niños, tanto el «interior» como el «exterior», era un mundo que en realidad los adultos no comprendían, del mismo modo que nosotros no entendíamos sus cosas. A lo sumo, entre una generación y la siguiente existía una aceptación de lo que la otra hacía en la forma de «qué chiquilladas» o «eso es lo que hacen los mayores». Fue la pubertad, en la que entré durante mi último año en Viena, la que empezó a derribar el muro que dividía esas esferas separadas.

Por supuesto, las dos esferas se solapaban en parte. Casi todos mis libros de lectura, especialmente los escritos en inglés, me los proporcionaban los adultos, aunque el *Children's Newspaper* de Arthur Mee, que me enviaron desde Londres unos parientes bienintencionados, me pareció aburrido e incomprensible. Por otro lado, desde edad muy temprana leía con avidez los libros alemanes sobre la vida de las aves y otras especies animales que solían regalarme y, después de la escuela primaria, me sumergí en las publicaciones de la revista *Kosmos*, *Gesellschaft der Naturfreunde*, una organización dedicada a fomentar las ciencias naturales —sobre todo las relacionadas con la biología y la evolución—, a la que me subscribieron. Desde muy pequeños, solían llevarnos al teatro a ver obras que nos resultaran divertidas, pero que también fuesen del agrado de los adultos (por ejemplo, el *Guillermo Tell* de Schiller —pero no el *Fausto* de Goethe—, obras de dramaturgos populares vieneses de principios del XIX, piezas de Raimund, tan encantadoras, mágicas y sentimentales, y las comedias increíblemente divertidas de Johann Nestroy, cuya amargura todavía no podíamos captar). Sin embargo, nos hacían ir con otros niños de primaria a las sesiones matinales del cine del barrio, el Maxim-Bio (desaparecido hace ya mucho tiempo), a ver cortometrajes de Chaplin y Jackie Coogan, y, cosa bastante sorprendente, los *Nibelungen* de Fritz Lang, prácticamente un largometraje. Según mi experiencia vienesa, los adultos y los niños no iban juntos al cine. Por otra parte, los niños intelectuales normalmente eligen los libros que leen entre los que encuentran en las estanterías de sus padres y familiares, quizás influenciados por lo que escuchan en casa, o quizá no.

En esa medida, los gustos de las distintas generaciones eran los mismos. Por otro lado, se suponía que los temas de lectura que elegían nuestros mayores para los niños no eran, en general, de interés para los adultos. A la inversa, de todos los adultos que tratábamos, sólo los profesores (que lo desaprobaban) estaban más o menos al tanto de la pasión que suscitaban en los muchachos de trece años los libros de bolsillo sobre peripecias de detectives de nombre invariablemente inglés que circulaban en nuestras clases con títulos como *Sherlock Holmes, el detective universal* — nada que ver con el original — de Sexton Blake, *Frank Allen, el vendador de los desheredados* y el más popular de todos, el del detective de Berlín Tom Shark, con su compañero Pitt Strong, que actuaban en los alrededores de la Motzstrasse, conocida para los lectores de Christopher Isherwood, pero que para los chicos de Viena resultaba tan lejana como la Baker Street de Holmes.

En la Viena de mediados de los años veinte, los niños todavía aprendían los viejos caracteres góticos, garabateando las letras en unas pizarras enmarcadas en madera, y borrándolas luego con unas esponjitas. Como la mayoría de los manuales escolares posteriores a 1918 estaban impresos en los nuevos caracteres romanos, obviamente aprendimos también a leer, y luego a escribir, esta otra caligrafía, aunque no recuerdo cómo. Cuando a los once años pasábamos a secundaria se suponía que teníamos nociones de las tres materias básicas, a saber, leer, escribir y aritmética, pero no recuerdo qué otras cosas estudiábamos durante la escuela primaria. Evidentemente debió de parecerme interesante, pues contemplo aquellos días de mi infancia en el colegio con agrado, evocando todo tipo de anécdotas sobre Viena y las excursiones que realizábamos por las proximidades semirrurales en busca de árboles, plantas y animales. Supongo que todo ello quedaba encuadrado en la asignatura de *Heimatkunde*, que, como resulta difícil encontrar un equivalente de la palabra *Heimat* en su sentido más exacto, traduciré como «conocimiento de nuestro lugar de procedencia». Ahora me doy cuenta de que no fue una mala preparación para un historiador, ya que los grandes acontecimientos de la historia convencional de Viena y sus alrededores constituían sólo una parte de lo que los niños vieneses aprendían de su hábitat. Aspern no era únicamente el nombre de la batalla en la que los austríacos derrotaron a Napoleón (la de Wagram, muy cerca de esta última, y que perdieron estrepitosamente, no estaba en la memoria colectiva), sino un lugar lejano situado al otro lado del Danubio, no incluido todavía en la ciudad, donde la gente iba a bañarse en las lagunas que se habían formado en el antiguo cauce del río, y a observar animales como las martas o las aves acuáticas en su estado salvaje. Los asedios a los que los turcos sometieron Viena eran importantes porque supusieron la llegada de café a la ciudad como parte del botín turco, y por lo tanto la de nuestros *Kaffeehäuser*. Por supuesto teníamos la gran ventaja de que la historia oficial del antiguo imperio austríaco había desaparecido, sólo quedaban los edificios y los monumentos, y la nueva Austria de 1918 todavía carecía de historia. La continuidad política es la que tiende a reducir la asignatura de historia en las escuelas a una sucesión canónica de fechas, monarcas y guerras. El único hecho histórico que recuerdo haber celebrado en el colegio de la Viena de mi infancia fue el centenario de la muerte de Beethoven. Los propios profesores sabían que, en la nueva

era, la escuela también debía ser distinta, aunque no tenían demasiado claro cómo y en qué. (Como decía por aquel entonces — 1925 — mi cancionero escolar, «sin haber definido todavía con claridad los nuevos métodos de enseñanza».) En el instituto de educación secundaria, cuyos temarios aún no se habían emancipado del sistema pedagógico tradicional, iba a descubrir la historia tipo «1066 y lo que vino después». Naturalmente no tenía nada de excitante. Las asignaturas de alemán, geografía, latín y, posteriormente, de griego (la cual tuve que abandonar cuando me trasladé a Inglaterra) eran mucho más de mi agrado, pero, lamentablemente, no sucedía lo mismo con las matemáticas y la física.

Y desde luego la religión tampoco me gustaba. No creo que este sentimiento surgiera en la escuela primaria, pero en la secundaria me parece recordar que los no católicos, los luteranos, los evangélicos, los curiosos ortodoxos griegos, y sobre todo los judíos, tenían permiso para no asistir a las clases de esta materia. La alternativa para la minoría, una clase para los judíos que se impartía por la tarde en otro lugar de la ciudad por una tal señorita Miriam Morgenstern y sus distintos sucesores, resultaba muy poco atractiva. Nos hablaban repetidamente de las historias bíblicas del Pentateuco, sobre las que nos planteaban preguntas sin cesar. Recuerdo la conmoción que causé cuando, la enésima vez que preguntaron quién era el hijo más importante de Jacob, respondí que Judá, incapaz de creer que, de nuevo, estuvieran refiriéndose a José. Después de todo, pensé, ¿acaso los judíos (*Juden*) no se llaman así por él? Di la respuesta equivocada. También aprendí algo del alfabeto judío, del que ya me he olvidado, además de la plegaria principal para un judío, el «Shema Yisroel» (la pronunciación siempre era la asquenazí y no la sefardí impuesta por el sionismo), y un fragmento del «Manishtana», la serie de preguntas y respuestas rituales que se supone que debe recitar el varón más joven de la casa durante la Pascua. Como en mi familia nadie celebraba la Pascua, ni observaba el Sabat, ni el cumplimiento de las demás festividades judías, y tampoco seguía las normas de ayuno religiosas, nunca tuve ocasión de poner en práctica mis conocimientos. Sabía que era preciso cubrirse la cabeza dentro del templo, pero las únicas veces que me encontré a mí mismo en uno fue con ocasión de bodas y funerales. Me quedaba observando a un amigo del colegio que ejecutaba todo el ritual cuando rezaba al Señor —el manto para las oraciones, las filacterias y todo lo demás— con ingenua curiosidad. Además, si nuestra familia hubiera sido practicante, una hora a la semana de clase no hubiera sido necesaria ni suficiente para aprender todas esas cosas.

Aunque no éramos en absoluto religiosos, sabíamos que éramos, y no podíamos dejar de ser, judíos. Al fin y al cabo éramos doscientos mil en Viena, el diez por ciento de la población de la ciudad. La mayoría de los judíos vieneses llevaba nombres asimilados; sin embargo —a diferencia de los que vivían en países anglosajones— raramente cambiaban sus apellidos, por muy judíos que sonaran. Desde luego, en mi infancia no se convirtió nadie que yo conociera. En un principio, durante el reinado de los Habsburgo y el de los Hohenzollern, el abandono de una religión por otra había sido un precio que pagaron gustosas las familias judías importantes para escalar puestos en la sociedad o en la administración, pero tras el hundimiento de la sociedad, las ventajas de la conversión desaparecieron

incluso para las familias conversas, y además, los Grün nunca habían pretendido llegar tan alto. Los judíos vieneses tampoco podían considerarse a sí mismos alemanes practicantes (o no practicantes) de una determinada religión. Ni siquiera podían soñar con escapar a su destino de ser una etnia entre muchas. Nadie les ofrecía la posibilidad de pertenecer a «la nación», porque no la había. En la mitad austríaca de los dominios del emperador Francisco José, a diferencia de la mitad húngara, no existía un «país» único habitado por un «pueblo» único teóricamente identificado con él. En tales circunstancias, para un judío el ser «alemán» no era un proyecto nacional o político, sino cultural. Significaba abandonar el atraso y el aislamiento que representaban los *shtetls* y los *shuls** y entrar a formar parte del mundo moderno. Hace mucho tiempo, los cabezas de familia de la ciudad de Brody, en Galitzia, el ochenta por ciento de cuya población era judía, habían solicitado al emperador que permitiera que fuera el alemán la lengua utilizada en los colegios para la enseñanza, no porque los ciudadanos emancipados de Brody quisieran convertirse en teutones bebedores de cerveza, sino porque no querían ser como los hasidim con sus *wunderrabbis* milagrosos de carácter hereditario o como los *yeshiva-bokhers*** explicando el Talmud en yiddish. Y por este motivo los judíos vieneses de clase media, cuyos padres o abuelos habían inmigrado desde el interior de Polonia, Chequia y Hungría, se desmarcaron de forma tan patente de los judíos del este.

No es una casualidad que el sionismo moderno fuera inventado por un periodista vienés. Todos los judíos de Viena sabían, al menos desde la década de 1890, que vivían en un mundo de antisemitas e incluso en el de un antisemitismo potencialmente peligroso que andaba suelto por las calles. «*Gottlob kein Jud*» («Gracias a Dios que no era judío») es la reacción inmediata de un transeúnte (judío) ante las voces de los vendedores de periódicos del Ring de Viena, que anunciaban el asesinato del archiduque Francisco Fernando, en la escena inicial de la maravillosa obra de Karl Kraus, *Los últimos días de la humanidad*. Había incluso menos motivos para ser optimista en la década de los veinte. La mayoría de la gente no tenía la menor duda de que el Partido Socialcristiano en el poder seguía siendo tan antisemita como su fundador, el celeberrimo alcalde de Viena, Karl Lueger. Y todavía recuerdo la perplejidad con la que recibieron mis padres en 1930 —yo no tenía aún trece años— la noticia de los resultados de las elecciones al Reichstag alemán, que convirtieron a los nacionalsocialistas de Hitler en el segundo partido más votado. Eran conscientes de lo que aquello significaba. En resumidas cuentas, simplemente no había modo de olvidar que uno era judío, aunque no puedo recordar ningún tipo de antisemitismo contra mi persona, pues mi nacionalidad inglesa me revestía, al menos en la escuela, de una identidad que alejaba cualquier interés por indagar en mi condición de judío. Mi condición de británico probablemente también me inmunizara, por fortuna, frente a la tentación de caer en el nacionalismo judío, a pesar de que entre los jóvenes de Cen-

* *Shtetls* es un término yiddish para designar las pequeñas unidades en las que vivía la mayor parte de los judíos de la Europa oriental. *Shuls* significa «sinagogas». (N. del t.)

** *Yeshiva-bokher* es el alumno de las escuelas religiosas que dedica todo su tiempo al estudio y comentario de los textos religiosos. (N. del t.)

troeuropa el sionismo solía ir de la mano de las ideas moderadas o socialistas revolucionarias, a excepción de los discípulos de Jabotinsky, que se inspiraron en Mussolini y actualmente gobiernan Israel bajo el nombre del partido Likud. No cabe la menor duda de que el sionismo tuvo una presencia más activa en la ciudad de Herzl que entre, por ejemplo, los judíos oriundos de Alemania, país en el que, hasta Hitler, atrajo tan sólo a un sector poco representativo. No cabía la posibilidad de pasar por alto la existencia tanto de antisemitas como de seguidores del club de fútbol blanquiazul del Hakoah, que pusieron a mi padre y a mi tío Sidney ante un problema de lealtades contrapuestas cuando este equipo se enfrentó en su campo a los ingleses del Bolton Wanderers. Sin embargo, la inmensa mayoría de los judíos vieneses emancipados o de clase media con anterioridad a Hitler no eran y no llegaron a ser nunca sionistas.

No teníamos la más mínima idea de los peligros que amenazaban a los judíos. Nadie la tenía ni podía tenerla. Incluso en los lugares más recónditos de los Cárpatos y de las llanuras de Polonia y Ucrania acostumbrados a los pogromos, de los que procedía la primera generación de emigrantes llegados a Viena, el genocidio sistemático era inconcebible. En los casos de problemas graves, los más ancianos y experimentados estaban a favor de adoptar una actitud discreta y evasiva, y de mantenerse al lado de las autoridades, que estaban en posición de defenderlos, y que probablemente tuvieran un interés en hacerlo, o cuando menos un interés en restablecer la ley y el orden, por injusto que fuera, en los campos de su competencia. Los más jóvenes y los revolucionarios apelaban a la resistencia y a la autodefensa activa. Los ancianos sabían que, tarde o temprano, las cosas volverían a la normalidad; los jóvenes quizá soñaran con una victoria definitiva (por ejemplo, con una revolución mundial), pero ¿cómo iban a imaginarse una destrucción total? Pero ni unos ni otros en realidad creían que un país moderno se deshiciera para siempre de toda su población judía, cosa que no sucedía desde 1492 en España. Mucho menos cabía imaginar su aniquilación física. Además, sólo los sionistas concebían realmente el éxodo sistemático de todos los judíos a una nación-Estado de carácter monoétnico, dejando sus antiguas patrias *judenrein*,* como decían los nazis. Con anterioridad a Hitler, o incluso durante los primeros años de su régimen, cuando la gente hablaba de los peligros del antisemitismo, pensaba en una intensificación de los abusos que habían sufrido los judíos: la discriminación, la injusticia, la victimización, la arrogancia, el desprecio y la intimidación, a veces no exenta de brutalidad, de los que suelen ser objeto las minorías más débiles. No pensaba en Auschwitz, ni siquiera podía imaginar una cosa así. El término «genocidio» no sería acuñado hasta 1942.

¿Qué significado exacto *podía* tener en la década de 1920 «ser judío» para un muchacho anglo-vienés inteligente que no había sufrido el antisemitismo y estaba tan alejado de las prácticas y creencias del judaísmo tradicional, y que, hasta la pubertad, no fue consciente de haber sido circuncidado? Quizá sólo el siguiente: que una vez, teniendo unos diez años de edad, con ocasión de un hecho que no recuerdo, aprendí de mi madre una especie de máxima muy sencilla; cuando hice,

* «Limpías de judíos». (N. del t.)

probablemente de forma reiterada, una observación negativa sobre el comportamiento de un tío mío, calificándolo de «típicamente judío», ella me replicó muy seria: «Nunca hagas nada, ni por asomo, que dé la impresión de que te avergüenzas de ser judío».

Desde aquel día he intentado siempre llevar este principio a la práctica, aunque a veces suponga verdaderamente un esfuerzo muy arduo, a la luz de la actuación del gobierno de Israel. El principio de mi madre me valió para abstenerme, con gran pesar mío, de declararme *konfessionslos* («aconfesional»), como cualquiera tenía derecho a hacer en Austria a la edad de trece años. Me hizo contraer de por vida la carga de llevar un apellido impronunciable que espontáneamente es confundido por Hobson u Osborn, dependiendo de quien lo oiga. Desde siempre ha sido suficiente para indicar mis orígenes judíos, y me ha dejado libre para vivir como lo que mi amigo ya fallecido, Isaac Deutscher, calificaba de un «judío no judío», pero no como lo que el regimiento variopinto de publicistas religiosos o nacionalistas denominaban un «judío renegado». No tengo ninguna obligación moral de observar las prácticas de una religión ancestral y mucho menos de servir a la pequeña nación-Estado, militarista, culturalmente decepcionante y políticamente agresiva, que pide mi solidaridad por una cuestión racial. Ni siquiera debo encajar con la postura mucho más en boga de este comienzo de siglo, la de «víctima», la del judío que, con la fuerza de la Shoah (y en una época única y sin precedentes de logros mundiales, éxitos y aceptación generalizada de los judíos), afirma ante la conciencia mundial unos derechos exclusivos como víctima de una persecución. El bien y el mal, la justicia y la injusticia, no puede abandonarlos ni una sola raza ni una única nación. Y como historiador me he dado cuenta de que si existe algo que justifique la afirmación de que el 0,25 por ciento de la población mundial en el año 2002, esto es, el porcentaje de individuos pertenecientes a la tribu en la que nací, constituye un pueblo «elegido» o especial, dicha justificación no se basa en premisas relacionadas con los guetos o territorios restringidos, elegidos libremente o impuestos por otros, pasados, presentes o futuros. Se fundamenta en su aportación desproporcionada y digna de señalar a la humanidad en el ancho mundo, sobre todo durante los dos siglos aproximadamente que se permitió a los judíos abandonar los guetos, y así decidieron hacerlo. Por citar el título del libro de mi amigo Richard Marienstras, un judío polaco, combatiente en la Resistencia francesa, defensor de la cultura yiddish y principal experto en Shakespeare de su país, somos *un peuple en diaspora*. Y, con toda probabilidad, seguiremos siéndolo. Y si hacemos el experimento mental de imaginar que el sueño de Herzl se hace realidad y que todos los judíos acabamos en un pequeño Estado territorial independiente, en el que se excluye de los plenos derechos de ciudadanía a todo aquel que no sea hijo de madre judía, veremos lo nefasto que sería para el resto de la humanidad, e incluso para el propio pueblo judío.